

**La niñez como categoría psicológica y la infancia como
espacio de profundidad en la narrativa cortazariana
Childhood as a psychological category and childhood as a
space of depth in Cortazar's narrative**

María Alejandra Ramírez-Hernández. ID. 0009-0000-4046-7869FFYy L

Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, Colegio de Letras
Hispanicas

Email: leassandraramh@hotmail.com

Resumen

A partir de una fenomenología de la ensoñación se aportan elementos de análisis a la técnica literaria de Cortázar en una narración fundacional de la adolescencia y la creación de un espacio de intimidad. Este artículo propone una distinción entre la *niñez* como categoría psicológica normativa y la *infancia* como espacio de profundidad imaginativa, analizando esta dualidad en la narrativa de Julio Cortázar. A través de una fenomenología de la ensoñación inspirada en Bachelard, se explora cómo la infancia constituye un ámbito de intimidad y creatividad, en contraste con la niñez regulada por discursos psicoanalíticos y cognitivos. El estudio se centra en el cuento “Después del almuerzo”, donde se observa una dialéctica entre una *infancia narrada* (onírica y fundacional) y una *infancia situada* (sujeta a normas sociales). El relato ilustra la transición a la adolescencia como un momento de conflicto entre la interioridad íntima y las imposiciones externas, revelando una “topología de la intimidad” donde emerge lo que el autor denomina el “niño dorado”: una figura de bondad y trascendencia reprimida por la racionalización adulta. La investigación critica las interpretaciones tradicionales que psicologizan o patologizan la infancia, y propone en su lugar una lectura fenomenológica que valora la ensoñación y la confesión literaria como vías de acceso a una subjetividad autónoma y no sujeta a categorías clínicas.

Palabras claves: Cortázar, niñez, infancia, psicoanálisis, fenomenología.

Abstract.

Based on a phenomenology of reverie, we provide analytical insights into Cortázar's literary technique in a foundational narrative of adolescence and the creation of a space of intimacy. This article proposes a distinction between childhood as a normative psychological category and childhood as a space of imaginative depth, analyzing this duality in Julio Cortázar's narrative. Through a phenomenology of reverie inspired by Bachelard, we explore how childhood constitutes a realm of intimacy and creativity, in contrast to childhood regulated by psychoanalytic and cognitive discourses. The study focuses on the short story "After Lunch," which observes a dialectic between a narrated childhood (dreamlike and foundational) and a situated childhood (subject to social norms). The story illustrates the transition to adolescence as a moment of conflict between intimate interiority and external impositions, revealing a "topology of intimacy" where what the author calls the "golden child" emerges: a figure of goodness and transcendence repressed by adult rationalization. The research critiques traditional interpretations that psychologize or pathologize childhood, and instead proposes a phenomenological reading that values reverie and literary confession as avenues to an autonomous subjectivity unbound by clinical categories.

Keywords: Cortázar, childhood, infancy, psychoanalysis, phenomenology.

Enviado: 20.8:2018

Aprobado: 7.9: 2018

Publicado: 12.12:2018

Fenomenología de la infancia

Partamos de las siguientes proposiciones: i. La niñez es un espacio de profundidad; ii. El espacio de profundidad al que se refiere el psicoanálisis, en cuanto espacio pulsional, se complementa con una fenomenología de la ensoñación, por tanto, iii. Deseo y ensoñación conforman referentes significativos para la categoría psicológica de la niñez.

De acuerdo con estas proposiciones, tendríamos que admitir la presencia de dos referentes de análisis: el psicoanálisis y la fenomenología. El psicoanálisis se basta a sí mismo con su “método de libre asociación de entidades mentales.” (Calvin, 1980: 40 ss.) En cambio, la fenomenología precisa de la dialéctica para describir el ascenso de la conciencia, de lo sensible a la abstracción, lo cual significa que la fenomenología tiene que recorrer el camino de la experiencia de la conciencia (Hegel, 2006: 73) [de lo concreto a lo abstracto y viceversa] para nombrar una realidad a partir de lo aparente.

Si atendemos a estos métodos tendríamos: una explicación de profundidad psicoanalítica, así como una explicación de superficialidad fenomenológica. Una dialéctica de la cotidianidad nos revelaría este aserto, pues supone la presencia de seres dobles basados en profundidad y superficialidad. Bachelard (20014: 213) le llama a esta dialéctica, la dialéctica de lo adentro y de lo afuera.

¿Quién está afuera en la experiencia cotidiana, el yo como pensamiento, lo pulsional o la ensoñación del instante? Habría que averiguar semejante pregunta en una topología de la intimidad, y así saber qué aparece en la superficialidad de nuestras experiencias cotidianas.

Para tratar esta cuestión asumamos que la categoría psicológica de la niñez es fundacional. Los místicos orientales, por ejemplo, aseguran que la niñez es un don, es decir una gratuidad que Dios nos otorga durante un denario [diez años o una década] (Osho, 2011: 34 ss) el resto de nuestros denarios (entendidos como unidades de realización y declive) tenemos que ganarlos en virtud, con nuestros propios esfuerzos y sacrificios. En cambio, para las teorías occidentales sobre la niñez, consideran a ésta desde un punto de vista del peligro y el temor, en todos sus aspectos. En la niñez de la vida de una persona la violencia fundadora de los padres, la familia y la sociedad determina el comportamiento del adulto.

Freud asumió una violencia mítica fundadora de orden (Benjamín, 1985: 13 ss) para demostrar que lo pulsional condicionaba el carácter del adulto, idea que fue atacada por su discípulo Alder (1955: 17 ss.) quien negó la correspondencia de la neurosis como carácter, proponiendo que existe una voluntad de poderío en el hombre para acometer en contra de sus semejantes, aún si no hay una violencia fundadora como el incesto o la violación. Así, la condición cruenta del hombre, en una escala evolutiva, tendría validez por la capacidad de acometer violencia en contra de la misma especie arrasando poblaciones enteras.

A diferencia de Freud, Alder se dedicó a psicoanalizar al niño odiado, al niño que tiene una sobrecomprensión, de un objetivo de vida exageradamente ambicioso destinado a vindicar por encima de todo, ya mediante la lucha abierta, ya una vez desalentado, mediante el prudente apartamiento y la fuga de frente a la vida.

La teoría de la niñez alderiana también es constituyente de la personalidad, sólo que es franca en cuanto a la capacidad de acometer violencia contra sí mismo o frente a lo otro. En las teorías de Freud y Alder, gracia y crueldad se encuentran en antítesis para describir un denario, es decir una temporalidad confesada como la del adulto neurótico que hace estragos en la niñez fundacional, de este modo, podemos sugerir que estamos ante la presencia de una racionalización de la niñez a partir de un factor patológico como lo es la neurosis.

El axioma acerca del peligro en la niñez se extiende a las teorías cognitivas, según Piaget (1969: 13) “existen regulaciones cognoscitivas y regulaciones orgánicas en todos los niveles de la vida humana.” No obstante, la etapa de mayor riesgo cognitivo se encuentra en la niñez, pues cualquier alteración a nivel orgánico afecta decisivamente las funciones cognitivas como el lenguaje, la visión o audición.

La aportación que hace este epistemólogo a la educación consiste en que las relaciones cognitivas y orgánicas desarrollan las bases, las estructuras y las funciones mentales complejas como la lógica, la abstracción y las operaciones matemáticas. (1973: 57)

Con Piaget, la categoría de la niñez se convierte en condición de posibilidad para toda experiencia fundada en un conocimiento racional estructurado, un ideal de la razón que Kant (2004: 336) ya había sugerido en su *Crítica a la Razón pura*.

Según este razonamiento, tendríamos que, con cada teoría que va apareciendo sobre la niñez, su experiencia cotidiana se va racionalizando y con ello la aparición de disciplinas normativas al servicio de un régimen institucional, con capacidad de coacción, que protege a la niñez en función de un futuro, o más bien, en función de unos ideales del futuro como la profesión o el matrimonio.

Si está suficientemente racionalizada la niñez, entonces qué caso tiene una fenomenología de la niñez, y más aún, una fenomenología de la ensoñación de la niñez. Al respecto, Bachelard (2012: 251) sugiere que “somos seres de superficie ” que constantemente necesitamos sumergirnos en nuestras profundidades, así que una topología de la intimidad nos ayudaría a revelarnos el espacio de la niñez dorada, de una niñez confesada: ¿cuántos sueños soñamos despiertos en nuestra niñez que aún prevalece su textura multicolor en el presente?

En este sentido, la fenomenología de la ensoñación de la niñez bachelariana también es fundacional, sólo que las coordenadas de explicación “se encuentran en el mundo onírico, un mundo de naturaleza imaginante.” (Durand, 2007: 80 ss)

Quisiéramos advertimos de pasada, que lo simbólico y lo onírico no se corresponde en Bachelard, pues lo simbólico tiene una naturaleza conceptual (Cassier, 1985: 17 ss), mientras que lo onírico es una función psíquica de equilibramiento experiencial. La creatividad, los objetivos, las metas y los anhelos de nuestra vida inmediata tienen su fuente en ensoñaciones diurnas y nocturnas: aparecen y desaparecen en una fenomenología del instante, del aquí y el ahora. De ahí se sigue que la fenomenología de la ensoñación de la niñez persigue al instante revelador. No hay momento en la niñez que no sea revelador.

No obstante, cuál sería la condición de la revelación si por revelación entendemos una confesión de la niñez.

Al respecto Bachelard (2014: 250 ss) no utiliza la categoría psicológica de la niñez, presumiblemente por la sospecha de una racionalización atribuida por las ciencias normativas, en cambio, prefiere la palabra infancia, que evoca una etapa de la vida sensibilizada.

La infancia es considerada como una primitividad psíquica en donde imaginación y memoria aparecen en un complejo indisoluble. En nosotros, siguiendo a Bachelard, yace una infancia contada y una infancia situada. Hay alegría en nuestros corazones cuando se sabe que tenemos una doble niñez: aquella que termina con la adolescencia, que se entrega al rebelde puberto. Esa infancia de sufrimientos pueriles es la que señalan las teorías de cognición situada (Espino y Barrón, 2017: 17), una infancia en todo caso sujeta a normas prohibitivas y a una educación reglada y no reglada por la familia. Pero también habita en nosotros el niño interno, el niño divino que llevamos dentro, el que es narrado conforme a las buenas acciones. De la virtud y creatividad de la infancia dorada nace la ensoñación poética, entendida como la capacidad onírica de nombrar mundos bellamente armonizados.

La cuestión que plantear sería, cómo comprobar una infancia doblemente sensibilizada en una confesión. Para despejar esta cuestión, sólo necesitamos una condición: la presencia del puberto rebelde que acaba con la niñez situada y no obstante persiste en su interior la niñez dorada. Sucintamente, cómo relatar, en forma de confesión, la presencia de un ser trino. Este acto de escritura, este acto de gracia, de don literario, nos los obsequia Cortázar (2011, págs. 505-16) en el cuento “Después del almuerzo.

Una aproximación al ser doble

La explicación de un ser trino tiene un costo elevado de análisis, a menos que la explicación se realice por el sendero la fe, en todo caso resulta intrincado para una investigación que presume de coherencia y de lógica. Lo que conviene es aproximar el ser con la expresión, aunque estemos conscientes de que se trata de una simple aproximación del sí consigo mismo.

En este sentido, nos interesa aproximar la infancia situada respecto a la infancia narrada en una dialéctica del ser doble.

El relato adánico narra que el segundo sexo proviene del sueño, así que el encuentro de lo masculino y lo femenino se origina después de un sueño, en el surgimiento prístino de dar nombres a las cosas. Lo masculino y lo femenino, dice Bachelar (pág. 90 ss.) no despiertan a la vida con estos nombres sino como *animus* (lo masculino) y *anima* (lo femenino); como un ser divinamente andrógino que reúnen en sí dos orientaciones para nombrar a los demás seres y a las cosas.

En esta dialéctica entre el *animus* y el *anima* se revela la presencia de los hermanos fundacionales cuya tarea poética es dar nombres.

Antes de continuar, es necesario aclarar lo siguiente. En toda mitología se encuentran presente los gemelos o mellizos fundacionales, por ejemplo, Castor y Polus, Caín y Abel o Rómulo y Remo, estos últimos son fundadores de un orden que nace con el crimen por correspondencia (Calasso, 2000: 137)

Según Carl Sagan (1980: 120) dice que la civilización no arranca con Abel, sino con Caín el homicida. Según el Génesis (4,17), la primera ciudad fue construida por Caín, el inventor de la agricultura, actividad que requiere de un asentamiento fijo, y fueron sus descendientes los hijos de Lamec, los que inventaron tanto los instrumentos cortantes de bronce y hierro como los instrumentos musicales, es decir, técnica y arte, son aportaciones de Caín. Por otro lado, las pasiones exacerbadas que conduce al asesinato no se atemperaron. Así, Lamec dice: <<Por una herida mataré a un hombre y a un joven por un cardenal; si Caín fue vengado siete veces, Lamec lo será setenta veces siete>>. Desde entonces conocemos el nexo entre asesinato e invención.

En cambio, la dialéctica del *animus* y *anima* se refiere a los estados psíquicos impresos en la naturaleza de las formas. Los nombres de manzana y pera llevan las formas impresas del *anima*, su ensoñación es femenina, aunque provengan del manzano y el peral, identificados ambos con la expresión del *animus*.

En Bachelard, la dialéctica del *animus* y *anima* permite que las fuerzas psíquicas se diferencien para nombrar a un mundo de origen onírico. Un mundo que no deja de contener estas fuerzas que sexualizan las idealizaciones que inventa el hombre. Idealizaciones que se convierten en valores psicológicos profundos.

Conforme a este razonamiento, los ensueños no se forman de acuerdo con una linealidad demostrada: sensibilidad, concepto e idealización, sino a partir de fuerzas imaginantes engendradas por la dialéctica del *animus* y *anima* que conforma en nosotros valores psicológicos, por ejemplo, la idealización de la nación conforma valores de intimidad diferenciados de lo patrio. El espíritu patriótico demanda valores masculinizados como el arrojo, el sacrificio y la lealtad. En cambio, la nación, conforma valores de solidaridad, amor y preservación del terruño abundante. Por tanto, las fuerzas imaginantes del *animus* y *anima* acercan la expresión al ser, en donde el ser aparece nombrado en una tensión expresiva en la cual el ser es tributario.

Sugerimos reforzar el argumento precedente a partir de W. Benjamin (1985: 51ss) El filósofo alemán construye su teoría crítica del lenguaje a partir de la errónea identidad de las palabras con las cosas. Sostiene que el trato con las cosas hace suponer que la palabra debe comunicar algo fuera de sí mismas, en vez de admitir que las palabras no nos pertenecen, solo somos usuarios en nuestra temporalidad fortuita en este mundo. Esta posición, por demás hebraica, sobre el lenguaje, le da pertinencia a la teoría de las fuerzas imaginantes del *animus* y *anima* conforme al siguiente giro argumentativo.

Nuestros valores de intimidad provienen de ensoñaciones, donde no hay una frontera absoluta en la expresión, sino que al tributar de un lenguaje autosignificante, el ser se aproxima o se retira de las cualidades que nombran las palabras. El ser no es lenguaje solo se aproxima en ensoñaciones que expresan cualidades. En este sentido, el mito adánico estaría dando cuenta de esta aproximación. Por ejemplo, la expresión: flor otoñal, invoca un ser de cualidades en cuanto a la fragancia y la hermosura de los colores. Un ser participante de esta expresión no tendría las ventajas de las síntesis de referencia espacial como los pronombres.

Para Benjamin, una síntesis de referencia espacial sería evidencia de la caída adánica caracterizada por “la inmediatez en la comunicación de la abstracción que ha tomado la forma de juicio, cuando el hombre abandonó, en la caída, la inmediatez de la comunicación de lo concreto, del nombre, y cayó en el abismo de la mediatización de toda la comunicación de la palabra como medio, de la palabra vana: en el abismo de la charla.”

Conforme a estas teorías sobre lenguaje, habría dos formas de aproximar al ser con la expresión: un uso autoreferente de las palabras, poético diría Bachelard, y un uso mediático de la palabra y no obstante abstracto en forma de juicio lógico y moral, aunque para Benjamin cabría la inmoralidad del juicio abstracto, como, por ejemplo: yo estoy santificada.

Para utilizar la expresión de Benjamin, diríamos que la cultura de la caída del lenguaje enseña a la infancia indistintamente el yo, cuando en una cultura de género debía llamarse a las fuerzas cósmicas del *anima* ya o incluso musicalmente yaya.

El predominio de los pronombres como síntesis espacial, según Cassier (1985: 145) se basa en un postulado de la similitud. Siguiendo a Humbolt, Cassier sostiene que “La oposición del aquí, allá, acullá, así como la oposición del yo, del tú y del él surgen del mismo acto mitad mímico y mitad lingüístico del indicar, de las mismas formas fundamentales de la *deixis*”

Mientras que la investigación de Humbolt (1950: 178), acerca de los pronombres, se refería a la génesis del pensamiento sintético al que habían llegado la civilización europea a diferencia del resto de las civilizaciones americanas en las que las direcciones espaciales eran referidas a sonidos onomatopéyicos, Cassier por su parte propone, a partir de una teoría del lenguaje, que el lenguaje no entra en el ámbito de la percepción objetiva solo para poner nombres, nombres puramente exteriores y arbitrarios de los objetos individuales, sino que coopera en la construcción de un mundo de esos objetos, del mundo de la percepción y de la intuición objetiva.

Así, tenemos que lo que para Benjamín es una caída la mediatización del lenguaje, es decir, el significado independiente de la palabra fundadora, para Cassier, se trata de una cuestión de legalidad identificar al logos con el pensamiento. Mientras Benjamín le demanda al lenguaje de caída una asimetría de significado, Cassier justifica una legalidad de consistencia del pensamiento e intuición, aceptando la arbitrariedad de fondo. Ambas posturas: asimétrica semántica y consistencia justificada dan cuenta de la oposición que hemos introducido acerca de la infancia narrada e infancia situada.

Volviendo al problema, según el cual decíamos que consistía en aproximar la infancia situada respecto a la infancia narrada en una dialéctica del ser doble. En la infancia situada aparecen los pronombres mientras que en la infancia narrada aparecen las ensoñaciones, ambas infancias de un mismo ser crean una paradoja de sensibilización: quién se adjudica en un mismo ser la experiencia pretérita y qué caminante narra la dicha y los ensueños divinos.

La solución del yo como pensamiento (*cogitatio*) no está basada en la continuidad (Descartes, 2001, 45 ss). Para que el yo sea uno consigo necesita no dejar de pensar, no tener ningún momento dubitativo y por supuesto no estar en estado de sueño, de ahí la garantía de Dios en Descartes al establecer un mundo de regularidades, por tanto, podemos decir que no hay un yo único, en todo caso hay una pluralidad de yoes en una temporalidad del instante. En otro sentido, cómo puedo ser yo en una experiencia fortuita si pierdo la duración sensible en otro momento. Lo que puedo decir es que hay repetición de la experiencia, probando una causa: la de mis vivencias. Pero en dónde quedó el yo.

Si surge una nueva causa, entonces estamos ante la presencia de un nuevo yo que ya no es el otro yo. Este galimatías del yo y del no yo es prueba de un empantanamiento causal para identificar una evidencia respecto de una nueva experiencia que requiere nombrarse. Por tanto, podemos inferir que el uso de pronombres, a nivel epistémico, tiene el problema de adjudicación causal.

Esta paradoja la comprendió Cortázar a lo largo de su obra, poniendo en crisis las creencias que tenemos acerca de la causalidad, de regularidad que establece la asunción de un yo cogitativo. La especialista en Julio Cortázar, D. Gerónimo dice lo siguiente: “En mi experiencia cómo lectora de cuentos de Cortázar, la seducción provino tanto de la presentación y “armado” de una forma de relato no convencional como de la profundidad del contenido que implica una problemática filosófica y casi metafísica. En efecto, Cortázar propone en sus cuentos un cuestionamiento del orden corrientemente atribuido a lo real, pero al mismo tiempo no proporciona soluciones posibles.” (2004: 405)

Según la especialista, las problemáticas de la vida cotidiana que aborda Cortázar se caracterizan por la presencia del azar, la incertidumbre propiciada por un ambiente conflictivo de los personajes en donde “no hay acciones previsibles y lógicas de causa y efecto a la manera realista.”

Nos parece que la adopción de la dialéctica de la infancia situada respecto a la infancia narrada aportaría elementos significativos para diferenciar los momentos de una misma conciencia. La presencia del yo y del él son referentes de una misma conciencia que se sabe en una confesión, donde la autoacusación y la ensoñación del instante son momentos de la singularidad sintiente.

Según nosotros, esta hipótesis nos revelaría la adopción de una infancia confesada en Cortázar, no necesariamente del escritor, sino de una infancia narrada obligada a situarse formalmente.

La presencia de un niño dorado es el tercer elemento no observado hasta ahora en el análisis de los cuentos de Cortázar, sólo ha cabido la confesión de una singularidad narrada en la que vuelven los personajes a las profundidades del niño lacerado, del niño acusado por una educación reglada y no reglada de la familia y la sociedad. El niño dorado, el niño de la ensoñación no lo aporta ni el yo ni él sino ambos en la confesión.

En otros términos, lo que nos quiere inculcar Cortázar en sus cuentos, es la presencia de las paradojas sensibles para las cuales nuestro lenguaje constituye un obstáculo para nombrar experiencias internas de reconciliación, donde el ego sólo es la entrada del ulterior laberinto intrincado de sobrecomprensiones del sí mismo.

El cuento de Cortázar que a nuestro parecer sitúa la niñez en la adolescencia es “Después del almuerzo”, un relato que valdría sintetizar con la expresión: alguien lleva algo que le molesta. En este cuento aparece la cotidianeidad de una paradoja sensible: qué hago con los valores de intimidad de mi niñez si ya no la siento. La transición de la niñez hacia la adolescencia revela el desarrollo de una topología de la intimidad donde el niño acusado revela los valores socioculturales en detrimento del niño dorado.

La categoría psicológica de la niñez tiene un peso decisivo sobre el adulto, pero no sólo eso, sino que no funda un espacio de trascendencia. Una topología de la intimidad tendría que dar cuenta de la presencia de espacios de trascendencia en el sí mismo en vez de ser acusante y patológica como enseñan los modelos de la ciencia normativa.

La presencia de ensoñaciones, voces y sobrecomprensiones del sí mismo han sido hasta ahora materia de legalidad y enfermedad mental. Se ha proscrito del discurso cientificista el espacio de trascendencia íntima como factor de equilibramiento psicosocial. El alma, el espíritu y el ego no pueden medirse, sólo se mide una mente gestora de recompensa sensible, sobre sexuada al alcance de la ley punible.

En consecuencia, después de haber propuesto esta diferencia metodológica entre niñez e infancia estamos en condiciones lógicas para hablar de lo concreto, de lo singular y su confesión. No hay confesión pura en donde no tenga lugar la intimidad de la infancia. Una confesión pura siempre es un caudal bullicioso, un río de voces infantiles que perviven en ensoñaciones profundas. Una topología de la intimidad estaría basada en la pureza de la confesión. En este sentido, creemos que Cortázar aporta elementos topológicos como son los espacios de intimidad conflictiva y de trascendencia que deseamos exponer a continuación.

Infancia confesada

Hemos sugerido la presencia de una infancia narrada y una infancia situada en el relato cortazariano que habremos de analizar. Sin embargo, es condición *sine quanon* la adopción de una estructura existencialista como lo es la confesión. Al respecto, hemos sugerido, sin mayor profundidad, que la confesión revela lo concreto de la existencia que es la singularidad.

Para ello, veamos cómo Brucker (2005: 25 ss) desarrolla una dialéctica de interioridad- intimidad. A partir de una génesis de la categoría de confesión dice que “San Agustín descubre [en las *Confesiones*], que percibe asimismo dentro de sí el desorden y la incoherencia, pero los relaciona con el pensar de “ la criatura aplastada por la omnipotencia de su creador.”¹ [Así] el interior del hombre es un abismo de misterio desconocido que sólo pertenece a Dios: ¿qué soy pues Dios mío?, ¿qué tipo de ser? Una vida cambiante, multiforme, rebosantemente desmesurada.”

Para la Edad Media tratar de penetrar en el fondo de uno mismo significaba estrellarse contra un muro de opacidad cuya llave sólo poseía el poder divino, cuyo juicio le pertenecía absolutamente. Sin embargo, Rousseau [en sus *Confesiones*] radicalizó este principio con el surgimiento de la intimidad que consiste en la capacidad refractaria del sí mismo. “Desde Agustín, inventor de la interioridad a Rousseau, inventor de la intimidad, han transcurrido más de trece siglos, durante los cuales Europa se ha secularizado ampliamente [en donde] la intimidad más estrecha rubrica la distancia mayor, el tú y el yo jamás están en pie de igualdad.”

Para contextualizar esta cita diremos que mientras la confesión en Agustín tiene un nivel de profundidad según la consistencia del ser, en Rousseau la confesión se da en términos de libertad en la que se defiende la causa más querida: uno mismo.

¹ “En cuento a mí, aunque bajo tu mirada me desprecio, considerándome ceniza y polvo, no obstante, sé algo de ti que ignoro de mí (...), lo que sé de mí, lo sé porque tú me iluminas, y lo que ignoro, continúa ignorándolo hasta que mis tinieblas se vuelvan ante tu faz como un sol de mediodía.” (Agustín, 1994: 115)

Hay una asunción importante en Bruckner que hay que destacar, según la cual, el individualismo rousseiano parte del buen salvaje identificado con el Narciso cósmico, en mimesis con la naturaleza, cuyas acciones son refractarias e impedida sólo por el otro. Esta deducción le confiere autoridad a Bruckner para describir una cultura democrática en el trato con la alteridad. “Si el proceso en la era democrática se ha convertido en la figura pedagógica por antonomasia, en la sobrecogedora síntesis de la aventura humana, se lo debemos a Rousseau: como él, consideramos los tribunales el lugar donde defender la causa más querida, es decir, nosotros mismos. Obligados a probar nuestras aptitudes, tenemos que solicitar la aprobación de nuestros contemporáneos, convencerlos, conmoverlos y por lo tanto colocar nuestro destino entre sus manos.”

La intimidad en Rousseau significa estar lleno de sí mismo, que sólo considera al otro como un ocupante, que vive su presencia difusamente. Si admitimos este postulado acerca de la intimidad, entonces aparece el conflicto entre consciencias, es decir una dialéctica del reconocimiento. No obstante, nuestro argumento tiene que ver con la infancia constituyente, profunda, más no con una intimidad yoica. La presencia del sujeto rousseiano significa aprobación y destino social, que excluye un espacio de trascendencia. Por tanto, si nos quedamos con este postulado de la cultura occidental en donde el sujeto de intimidad se somete a proceso, los resultados son predecibles dentro de una concepción narcisista que gestiona recompensa sensible.

El desplazamiento de un espacio de trascendentalidad hacia un espacio narcisista es lo que caracteriza a la cultura secular, sin embargo, la aportación crítica del psicoanálisis a los referentes de recompensa sensible termina por cuestionar la intimidad como sinónimo de recompensa sensual. Este momento de crítica a parecer en Cortázar, pero aparece, según nuestra interpretación, para mover una dialéctica de interioridad-intimidad donde desaparece el sujeto rousseiano. Concebir una dialéctica de interioridad-intimidad sin sujeto constituye una fundación de trascendencia sin la admisión de una titularidad supraterrana.

Como esta es una tesis radical, hemos creído conveniente advertir que en el cuento en cuestión: 1. Hay una fenomenología de la infancia por oposición a una psicología de la niñez; 2. La oposición es consecuente con una dialéctica de la interioridad-intimidad y 3. Se deduce una topología de la intimidad sin sujeto causal.

Si hemos deducido este presupuesto es porque estamos ante la presencia de una narración en donde la infancia es constituyente, es fundadora de espacio de intimidad, la más próxima a los valores de intimidad rebelde que acontecen en el segundo denario de la vida donde se ubica la adolescencia. Por tanto, asumimos que estamos ante una narración de infancia confesada, que no es la única en Cortázar, pero si es la más próxima a una fundación de intimidad sin los prejuicios del adulto, en donde aún las turpitudes del yo no tienen ese halito de libertad reconocida por el otro, sino que las torpezas aún se exhalan con naturalidad. Dicho lo anterior, vayamos al prometido cuento.

Lectura comentada

En el cuento “Después del almuerzo”, la historia es narrada en primera persona por un adolescente el cual cuenta cómo es obligado por sus padres a llevar de paseo a alguien. Aquí se crea una ambigüedad, pues ese alguien que nunca se sabe su nombre puede ser una persona o un animal. La intención originaria del cuento es que el adolescente se niega a salir de paseo con ese alguien ya que en vez del paseo prefiere quedarse en su cuarto, pese a ello su padre lo obliga a salir de tal encierro.

El adolescente se sorprende que el paseo tenga que ser hasta el centro de la ciudad pues nunca había ido solo tan lejos de casa. La inquietud que envuelve al joven es precisamente el recorrido que debe realizar de casa al centro y del centro a casa. En ese trayecto lo envuelven las vicisitudes a las que tiene que enfrentarse el niño junto con su acompañante, pues constantemente tiene que vigilar y cuidar de los peligros que representa pasear por el centro a ese alguien representa llevar la responsabilidad acuestas.

Cansado de cuidar a su acompañante se sienta con él, en una de las bancas, pensativo decide dejarlo, abandonarlo. Sin embargo, algunas calles más adelante el remordimiento lo

hace volver por él, pero con más control sobre sí mismo, más seguro de cómo debe actuar, entonces, se da la vuelta y regresa camino a casa, gustoso por haberse percatado de su responsabilidad y haber entendido que la obligación de los cuidados de los demás es a la vez la de él mismo.

a. Después del almuerzo *yo* hubiera querido quedarme en mi cuarto leyendo, pero papá y mamá vinieron casi en seguida a decirme que esa tarde tenía que llevarlo de paseo.

b. Lo primero que contesté fue que no, que *lo* llevara otro, que por favor *me* dejaran estudiar en mi cuarto. Iba a decirles otras cosas, explicarles por qué no me gustaba tener que salir con *él*, pero papá dio un paso adelante y se puso a mirarme en esa forma que no puedo resistir, me clava los ojos y yo siento que se me van entrando cada vez más hondo en la cara, hasta que estoy a punto de gritar y tengo que darme vuelta y contestar que sí, que claro, en seguida. Mamá en esos casos no dice nada y no me mira, pero se queda un poco atrás con las dos manos juntas, y yo le veo el pelo gris que le cae sobre la frente y tengo que darme vuelta y contestar que sí, que claro, en seguida. Entonces se fueron sin decir nada más y yo empecé a vestirme, con el único consuelo de que iba a estrenar unos zapatos amarillos que brillaban y brillaban. (Cortázar, 2011: 505)

Como hemos advertido, en estos dos párrafos iniciales el relato parte de una vivencia contrastable: la niñez, sólo que los comentaristas de la obra de Cortázar no hacen referencia a esta categoría desde un punto de vista psicológico, sino que a partir del hecho literario refieren a la niñez en un marco categorial triádico: “autor-personaje-lector” que hace las funciones de psicoanálisis. (Gerónimo, 2004: 57 ss)

Comentaristas como Herráez (2003: 155 ss) han sugerido que los personajes de la niñez, que aparecen en la obra cortazariana, adoptan proximidad a la niñez del autor y su contexto (la ciudad). Esta afirmación es admisible puesto que la niñez como categoría psicológica funciona como una base contrastable para diferenciar al niño violado respecto del niño odiado. En este caso, podemos decir que Cortázar presenta al niño de experiencias regladas y no regladas de parte de la familia y la institución escolar.

c. Cuando salí de mi cuarto eran las dos, y tía Encarnación dijo que podía ir a buscarlo a la pieza del fondo, donde siempre *le* gusta meterse por la tarde. Tía Encarnación debía darse cuenta de que *yo* estaba desesperado por tener que salir con *él*, porque me pasó la mano por la cabeza y después se agachó y me dio un beso en la frente. Sentí que *me* ponía algo en el bolsillo.

d. -Para que *te* compres alguna cosa -me dijo al oído-. Y no *te* olvides de darle un poco, es preferible.

e. Yo *la* besé en la mejilla, más contento, y pasé delante de la puerta de la sala donde estaban papá y mamá jugando a las damas. Creo que les dije hasta luego, alguna cosa así, y después saqué el billete de cinco pesos para alisarlo bien y guardarlo en mi cartera donde ya había otro billete de un peso y monedas. (Cortázar, 2011: 507)

La niñez confesada solo es posible con la presencia del adolescente que está en condiciones de discernir los actos normados de los que no lo están. El adolescente educado conforme a normas precisas atiende a la norma por hábito y por interés; lo que caracteriza a la adolescencia es más bien las prácticas que no están normadas; lo que descubre en cada acto y lo que puede hacer en cada acción, que ahora está a merced de su voluntad.

En esta transición, del acto normado respecto de los actos de su voluntad da origen a una infancia sumergida, la infancia en el olvido tras la emergencia de una voluntad (pensamiento acompañado de deseo) que irá sepultado cada etapa de la vida en el trascurso de la dramatización de lo concreto que somos en cada caso.

La paradoja de la sensibilidad es aquí: alguien lleva algo que le molesta, este alguien molesto y rebelde de lo que lleva, se nos revela en la adolescencia y es incorporado en la vida cotidiana como una práctica de intimidad, no obstante, la sobrecomprensión de esa práctica crea neurosis que con el tiempo provoca que el espacio de interioridad se anegue de ansiedad con la presencia de voces provenientes de lo ignoto. En *El agua y los sueños*, Bachelar (1978: 74 ss) le dedica un capítulo completo a la ensoñación de las aguas profundas, caracterizadas por el mito de Caronte, que revelan una vida tormentosa, como la del escritor A. Poe.

Al respecto, no podemos inferir la presencia de una vida tormentosa en Cortázar caracterizada en sus personajes, en todo caso, lo que se puede inferir conforme a la triada del hecho literario: escritor-personajes-lector, es que estamos ante la presencia de una narración fundacional: hay una infancia que se sumerge por la presencia de una rebeldía fundadora de derecho.

El niño visible, el niño sujetado a normas es el que aparece en la superficie de la narración, contrastable para el escritor y el lector, no obstante, la obra literaria hace su gracia: oculta a la infancia dorada sin dejar de dar testimonio del sumergimiento en plena inmutas. La obra literaria cumple su función autónoma al individualizar a un mundo narrado que pone en juego las prácticas de intimidad. Un lector poco entrenado en las paradojas de la sensibilidad es seducido rápidamente por una intimidad que necesita aprobación de lo que más quiere: sí mismo como recompensa sensible. Por tanto, lo que presenciamos en la narración es el surgimiento de el sujeto de intimidad rousseaiana, un sujeto de aprobación que queda a merced de una red jurídica en la que apelará a derecho.

[14] No sé cuánto tardé en llegar otra vez a la Plaza de Mayo. A la mitad de la subida *me* caí, pero volví a levantarme antes que nadie *se* diera cuenta, y crucé a la carrera entre todos los autos que pasaban por delante de la Casa Rosada. Desde lejos vi que no *se* había movido del banco, pero seguí corriendo y corriendo hasta llegar al banco, y *me* tiré como muerto mientras las palomas salían volando asustadas y la gente *se* daba vuelta con ese aire que toman para mirar a los chicos que corren, como si fuera un pecado. Después de un rato *lo* limpié un poco y dije que teníamos que volver a casa. *Lo* dije para oírme *yo* mismo y sentirme todavía más contento, porque con *él* lo único que servía era agarrarlo bien y *llevarlo*, las palabras no las escuchaba o se hacía el que no las escuchaba. (Cortázar, 2011: 505)

Hay una celebración al final de la confesión de la infancia narrada: el niño dorado sumergido por la primera rebeldía que desata la vida siempre va a emerger en los actos morales donde prevalezca la bondad. Así, la dialéctica de la interioridad-intimidad es una dialéctica de superación, al estilo de Hegel, en donde la acción bondadosa suprime a un sujeto gestor de recompensa narcisista para afirmar la presencia del espíritu o si se prefiere, la cercanía del niño divino con Dios o el Absoluto.

Siempre cabe la posibilidad de la duda metódica: por qué no aparece como una constante de interpretación los actos bondadosos en la obra de Cortázar. Porque el cuento analizado es fundacional y crítico de las patologías de la niñez ubicada. Lo que sugerimos al respecto, es que ha predominado una interpretación psicoanalista de profundidad y superficialidad de la triada: autor-personaje-lector, en cambio, se ha dejado de lado una fenomenología del ser de superficie que aparece con toda fuerza, por ejemplo, en el cuento *Axolotl* en donde explícitamente se acepta la condición de superficialidad de la humanidad en la cultura.

Lo que se ha dejado al margen es una interpretación en la que tenga cabida una topología de la intimidad, como la que sugerimos, que revele lo que yace sumergido y su aparición en el acto bondadoso de un ser que en todo caso es el sí mismo. El sí mismo, en el cuento que acabamos de ver, es trino: El adolescente identificado con el yo como sujeto de superficie; la tercera persona del singular caracterizada por actos de sumergimiento y la emergencia del acto bondadoso del sí mismo, todo ello en una dialéctica de la interioridad.

Hay que advertir que si no hubiera paradojas de sensibilidad el yo no acusaría a la sensibilidad pretérita en busca de recompensa narcisista inmediata, más bien hay que reconocer que nuestra especie sintiente, crea habitáculos de conflictos de sus experiencias pretéritas que causan estragos en las nuevas experiencias. Para salvar esta situación, es necesario admitir una infancia narrada, una infancia dorada de actos de conmiseración con lo otro y lo propio, actos que son acompañados de estados de ensoñación acerca de una naturaleza prístina.

Aportaciones

La especialista en Cortázar, Miriam Gerónimo, en su análisis de la técnica literaria que hace sobre el cuento “*Deshoras*”. Dice. “En “*Deshoras*” se entretajan dos tramas que corresponden al pasado (la prepubertad y pubertad) y al presente (adulthood) del protagonista, ambas etapas están enunciadas en dos pronombres personales diferentes. Desde la óptica narrativa, la ambivalencia del cuento está basada en el juego de puntos de vista, en la apariencia del desplazamiento entre la primera y la tercera persona gramaticales.” (2004: 340) Veamos la siguiente tabla que sintetiza su análisis.

Tabla 1.

Contrastes en los pronombres		
1ª persona		3ª persona
Escritor adulto		Hombre-niño
Hoy		Ayer
Escritura		Vida
Buenos Aires		Bánfied
Hombre		Niño
Presente de la enunciación		Pasado
Realidad		Sueño
Rutina, obligaciones (purgatorio)		Paraíso, verano, vacaciones Grises, neblinosos
Costumbre		Deseo
Fuente: propia		

Para Gerónimo, “La clave de la técnica narrativa está en descubrir la focalización respectiva de cada momento. Porque aun cuando exista el desdoblamiento de 1ª y 3ª personas gramaticales, el personaje sobre el que jira toda la historia es siempre el mismo.” (2004: 341) Lo primero que hay que comparar en esta interpretación es que los contrastes de este desdoblamiento de la 1ª y la 3ª del singular encajan perfectamente con nuestra topología de la intimidad.

No obstante, la ausencia de categorías psicológicas y fenomenológicas no permiten a Gerónimo un análisis de intimidad del sí consigo, pese a que el ser trino sea más nítido aquí que en “Después del almuerzo”: la infancia narrada, el puberto normado por la educación familiar y el adulto sobrecomprendido, es decir neurótico se hallan contenido en una interioridad confesada que narra el cuento que analiza.

De lo anterior, podemos deducir, que nuestro aporte acerca de una infancia fundacional es aplicable al resto de los cuentos de Cortázar, en donde aparecen estos tres momentos diferenciados, en los que la triada literaria, autor-personaje-lector se psicoanaliza sobre las bases de una niñez reglada por oposición a una infancia narrada.

En otras palabras, consideramos que hacía falta destacar, en la técnica literaria, la presencia de un sumergimiento de la infancia dorada para que la niñez soñada adquiriera trascendentalidad, positividad frente a la negatividad neurótica del adulto. Por el contrario, hay una asunción casi infalible que domina a las interpretaciones a partir de la técnica narrativa gramatical, según la cual la obra literaria en Cortázar está “abierta y el resultado del psicoanálisis depende de la experiencia del lector.” (pág. 404 ss) Lo que está asunción no admite es la presencia de paradojas de la sensibilidad en los constructos

artificiales de la mente humana en su afán de recompensa narcisista que caracterizan a la cultura occidental.

Continúa Geranio: “El juego de las dos personas gramaticales, de las focalizaciones, son solamente eso, un juego, un artificio literario, porque el personaje del cuento –Aníbal- es el otro y el mismo en la niñez y en la adultez. (...) La posición del narrador arranca desde un presente –el de hoy de la escritura y el de la enunciación-, pasa por la evocación del pasado (analépsis-tiempo del enunciado) y vuelve a un presente inexorable que agobia; sugiere la circularidad.” (2004: 343)

Es importante traer a colación la diferencia que establecimos anteriormente entre la teoría benjaminiana del lenguaje respecto de la teoría de Cassier. Había una tesis que se tenía que probar: ser y expresión se aproximan. Mientras la teoría de Benjamín admitía la inconmensurabilidad semántica del lenguaje con las cosas, Cassier asumía una construcción artificial del lenguaje con capacidad constituyente del pensamiento y las intuiciones. De esta última teoría, asumíamos la construcción teórica de las ciencias: la consistencia del ser a partir de un lenguaje construido formalmente, contrastable a nivel del conocimiento y las intuiciones.

La técnica literaria de Cortázar no escapa a la teoría del lenguaje de Cassier, si se atiende a pie juntillas. Para su superación, se necesita una teoría de estados de sensibilidad de la interioridad.

Al respecto, nosotros -siguiendo a Bachelard- sugerimos la conformación de una topología de la intimidad para señalar paradojas de la sensibilidad. En la topología de la intimidad encontramos un momento fundacional de la infancia: el sumergimiento de la infancia narrada en la presencia de la primera rebeldía que tiene lugar en la experiencia sensible de la adolescencia, cuyo hecho literario lo encontramos en “Después del almuerzo”.

Lo que hemos demostrado, en todo caso, es que el lenguaje sufre modificaciones para significar estados de conciencia de la temporalidad del presente, con ello la asimetría a nivel de significación es notoria para las edades de la vida, esto lo hemos caracterizado como una paradoja de sensibilidad aplicable al psicoanálisis de una vida relativamente joven o en la madurez extrema como lo hace notar Cortázar en “Cartas a mamá”.

Presumiblemente esto sería lo que observó Cortázar: una asimetría de referencias sensibles que se da a lo largo de nuestras experiencias internas, utilizando para ello la técnica literaria de pronombres gramaticales que tanto ha entusiasmado a las mentes brillantes que han escrito al respecto. En otras palabras, en el personaje histórico Cortázar

preside una filosofía de la interioridad aplicada a un método literario muy particular donde ser y expresión se aproximan desde diferentes ángulos de una misma confesión.

Conclusiones

Hemos demostrado que los procesos de sistematicidad, los procesos de especialización categorizados como lo es la niñez, desde un punto de vista psicológico, constituyen la evidencia de un obstáculo epistémico que la ciencia (normativa) crea por un exceso de racionalidad cuantificable y que la literatura aporta elementos significativos para superar problemas de evidencia a partir de un nuevo juego conceptual.

El cuento de Cortázar que hemos analizado reúne los requisitos creativos para modificar el lenguaje psicológico para referirnos a la interioridad-intimidad; se aportan los elementos de una ciencia de la intimidad o topología de la ensoñación que da cuenta de la inestabilidad que sufre la psique a través de la vida de un individuo en su singularidad experiencial sin que se atienda a criterios patológicos sino más bien humanistas de respeto a la intimidad autónoma más allá de dicotomía normal-anormal como actualmente las ciencias normativas refieren a los hechos internos de la mente.

Bibliografía

- ADLER, A. (1955). *El carácter neurótico*, México: Editora Zarco.
- AGUSTÍN, S (1994) *Obras*. vol. 1, Madrid: Autores cristianos.
- BACHELARD, G. (2016). *La poética del espacio*, México, FCE.
- (1987) *La intuición del instante*, Barcelona: Epub.
- (2000). *La formación del espíritu científico*, México: Siglo XXI.
- (1978). *El agua y los sueños*, México, F.C.E.
- (2014). *La poética de la ensoñación*, México: F.C.E.
- (2000). *La formación del espíritu científico*, México: Siglo XXI.
- (2009). *La filosofía del no*, Buenos Aires: Amorrortu.
- BENJAMIN, W (1982). *Para una crítica de la violencia*, México, La nave de los locos.
- BIBLIA (1960). Pennsylvania: Nacional Publiscing Company.
- BRUCKNER P. (2005). *La tentación de la inocencia*, Barcelona: Anagrama.
- CALASSO, Roberto (2000), *La ruina de Kasch*, Barcelona, Anagrama.
- CALVIN S. (1979). *Compendio de psicología freudiana*, Buenos Aires: Paídos.
- CASSIER, Ernest (1985). *Filosofía de las formas simbólicas*, México, F.C.E.
- CORTÁZAR, J (2011). *Cuentos completos*, México: Punto de lectura.
- DESCARTES, R. *Meditaciones metafísicas*. Bogotá, Panamericana, 2001.
- DURAND, Gilbert (2007). *La imaginación simbólica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- ESPINO Y BARRÓN (cor) (2017). *La lectura y la escritura en la educación en México*, México: UNAM.
- FEYERABEND, P. (1986). *Tratado contra el método*. Madrid: Tecnos.
- FOUCAULT, M. (1987). *La hermenéutica del sujeto*, Buenos Aires: La Piqueta
- (2002). *Vigilar y castigar*, México: Siglo XXI.
- (2001). *El nacimiento de la clínica*, México: Siglo XXI.
- FREUD, S. (1991). *Obras completas*, t. XV-XVI. Buenos Aires: Amorrortu.
- GERÓNIMO, D. (2004). *Narrae por Knock-aot*, Buenos Aires: Simur.
- HEGEL, G. *Fenomenología del espíritu*, tr, Manuel Jiménez R. Valencia, Pre-Textos, 2006.
- HERRAEZ, M. (2003). *Julio Cortázar: el otro lado de las cosas*, México: Península.

HUMBOLT (1950). *Obras t I*, México: Central.

KANT, Emmanuel (2004). *Crítica de la razón pura*, Madrid, Alfaguara. MORIN E. (2008). *La mente ordenada*, México: Siglo XXI.

OSHO (2011). *Rebelión, revolución y religiosidad*, México: Vergara.

PANFILLO, G. (2005). *Una araña en el zapato*, Buenos Aires: Libros de la Arancoria. PIAGET J. (1969). *Biología y conocimiento*, Madrid: Siglo XXI.

----- (1973). *Psicología y epistemología*, Barcelona:

Ariel. SAGAN, Carl (1980). *Los dragones del Eden*, México, Grijalbo.